

(234)

si no viviese ya,... la justicia pública reclamaba una víctima: mi partido estaba tomado, iba á ofrecerla yo mismo.

FIN DEL TOMO XI,

GALERIA FUNEBRE

GALERIA FUNEBRE

DE ESPECTROS

Y SOMBRAS ENSANGRENTADAS.

TOMO XII.

MADRID, Noviembre 1851.

Imprenta de D. J. Paredes, calle del Puerto

# GALERIA FUNEBRE

DE HISTORIAS TRÁGICAS,

*Espectros y Sombras ensangrentadas.*

SU AUTOR

D. Agustín Perez Zaragoza Godinez

dedicada

Á LA AUGUSTA REAL PERSONA DE S. M.

DOÑA MARIA CRISTINA DE BORBON,

*Reina de las Españas,*

bajo la Real proteccion del REY N. S. (Q. D. G.)

TOMO XII.

---

MADRID: Noviembre, 1831.

Imprenta de D. J. PALACIOS, calle del Factor.

GALERIA TUMBERE

DE HISTORIAS TRAGICAS

HISTORIA TRAGICA 21.



BOYAMA DE BORBOA

TOMO XII

MADRID: Noviembre, 1851.  
Imprenta de D. J. P. Arcaute, calle del Príncipe.

HISTORIA TRAGICA 21.



**EL JUDIO  
BIENHECHOR,**

ó

**ELISA Y TEODORO.**



*Tomo III.*

BIBLIOTECA CENTRAL

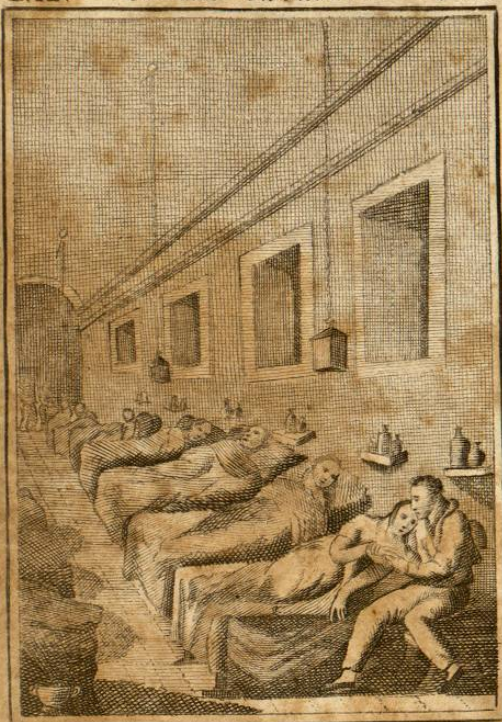
HISTORIA TRAGICA DE

EL DUCADO

DE BAVIERA

DE ELISA Y TEODORO

Tomo III



*Esposo amado!! hablame ; oiga yo tu voz  
 aun una vez Yo siento.....si.....  
 preciso es renunciar.....un sudor.....  
 .....á Dios.....yo.....muero.....*

## CAPITULO XVIII.

**L**a noticia que una casualidad habia hecho llegar á mis manos, me hizo conocer la necesidad de tomar mas precauciones : por muy disfrazado que yo fuese, una sola sospecha podia bastar para hacerme prender y provocar investigaciones que me hubieran perdido. Por consiguiente, me separé del camino real á la entrada de la noche, y traté de ocultarme hasta el dia siguiente en una pila de heno, en un campo que estaba á mi derecha. En el último pueblo que

(8)

habia estado, habia tomado pan y frutas: empecé mi cena, y de repente me pareció divisar algun movimiento en otra pila de heno á cierta distancia de la que yo ocupaba: fijé mis miradas hácia este lado, y un momento despues vi parecer un hombre de estatura desmesurada, en traje azul, y perfectamente parecido al que buscaban los agentes de justicia que me habian preguntado por la mañana. Luego que me vió hizo un movimiento para escaparse; pero viendo que estaba solo y que le llamaba, se vino á mí.

«Camarada, le dije, ¿sabeis que os persiguen de mui cerca? Yo creo deberiais alejaros de este canton, ó al menos cambiar el traje.

(9)

—Para cambiarle necesitaria dinero, y es precisamente una cosa que no tengo. ¿Pero de qué me conoceis?»

Le hablé del encuentro que habia tenido por la mañana, y le pregunté por qué habia sido condenado á la deportacion, prometiéndole darle dinero para comprar otros vestidos si me confesaba la verdad.

«Nada me cuesta ser sincero, contestó con cierto aire de candor: yo he sido castigado por haber bebido demasiado.

— ¡Vos me admirais! La embriaguez es sin duda un gran vicio, pero no es un delito contra las leyes.

— Eso puede mui bien ser; pero ved aquí en dos palabras mi his-

(10)

toria. A mí me gustaba la botella desde la mañana : todo el dinero que yo ganaba en mi oficio de carpintero de ribera , le dejaba en la taberna , regalando á los unos y á los otros , y haciéndome así una reputacion de naturalote. Un dia volvia yo de una feria con muchos amigos míos , todos un poco mas alegres , y al pasar por una huerta de un propietario avaro y gran cazador , que no olvidaba nada de cuanto era necesario para hacerse aborrecer en el pais , se nos antojó , para hacerle algun daño , arrancarle los árboles de un plantío que acababa de hacer. Apenas hubo siete ú ocho por tierra , fuimos sorprendidos , conducidos á una prision , y condenados inmediata-

(11)

mente , yo y dos de los compañeros , á ser transportados á la Virginia. Yo perdí la costumbre de beber , pero no el deseo de volver á ver la Inglaterra ; y luego que pude lograr escaparme , volví al instante á mi provincia : mi querida se habia casado , yo tenia perdida mi reputacion , y el deseo de llegar á ser un hombre honrado y laborioso era enteramente inútil , pues las leyes me estaban persiguiendo continuamente. Sin embargo , era preciso vivir ; y para no morir de hambre tomé el oficio de ladrón , maldiciendo el rigor de las leyes de mi pais , que no me han dejado otro recurso.

— En efecto , ¿qué juicio hacer de esta cruel severidad que arre-

(12)

bata para siempre á la sociedad una masa de individuos culpables de delitos poco graves? Un castigo pasagero seria una expiacion suficiente, y no tendria el inconveniente de impedir volviesen á ser honrados y virtuosos, y hombres otra vez útiles, los que frecuentemente no han tenido mas delito que un estravío: todo el rigor que el interes general del cuerpo social no exija espresamente, es un atentado contra la naturaleza.

Me compadecí de este desgraciado, le dí dinero, y le aconsejé buscarse el medio de volver á América, como el único de que podia valerse para no robar y sustraerse de un suplicio. El presente que yo le hice, debió inspirarle sospechas

(13)

de mí en perjuicio de mi probidad, vista la pobreza aparente de mi traje; pero no traté de desengañarle, y nos separamos.

Yo continué desviándome de los caminos reales; y aunque me inclinase á creer incapaz de hacerme traicion al que acababa de favorecer, conocia demasiado á los hombres para estar enteramente confiado y sin inquietud: me quité, pues, el traje de paisano, y me cubrí con los andrajos de la miseria, con un cabestrillo en un brazo, un pedazo de tafetan negro en el ojo izquierdo, y una joroba postiza.

Debía considerarme absolutamente desconocido bajo este disfraz, y de esta manera volví á tomar el camino real, aventurándome



me á detenerme en los pueblos por donde pasaba : este era verdaderamente el único medio de lograr alguna noticia sobre la suerte de Elisa ; pero precisado á usar de la mas minuciosa circunspeccion, no viagé sino á pequeñas jornadas ; y lo peor era, que nada podia averiguar.

Una tarde que me habia sentado sobre un banco á la puerta de un meson , vino un hombre á colocarse á mi lado despues de haber pedido una botella de cerveza.

«Y bien , buen amigo , me dijo : ¿cómo va el comercio ? Segun estais de cambiado , debéis echar la pierna á todos vuestros compañeros. ¿Cuántas millas haceis por día ? Apostaré á que teneis anda-

das muchas : sí , vos debéis haber visto muchas tierras.

— ¡Ah ! yo os aseguro , que si hubieseis viajado tanto como yo , hallariais que este oficio es bien penoso.

— Ya sé tambien un poco lo que es eso : hace mucho tiempo que viajo en persecucion de un perillan que ya debia haber hallado veinte veces ; pero yo creo , Dios me perdone , que es hechicero , y que tiene el secreto de hacerse invisible. ¿No habeis encontrado alguna vez á un jóven.... de vuestra estatura poco mas ó menos ?.... (no , no es mas alto que vos) , es un mozo rubio , bien parecido.

— Sí , veo mui frecuentemente algunos de esas señas.

(16)

— Este de quien yo hablo es un hombre singular; se disfraza de mil maneras, y nunca se le ha podido conocer; pero yo aseguro que no se me escapará: entre mil le tengo de sacar, porque tengo su retrato.»

Yo me estremecí al oír estas palabras: jamás había corrido un riesgo más inminente: le supliqué me enseñase el retrato, y vi que era una copia del que está en el gabinete de mi padre, y le habían hecho cuando yo tenía diez y siete años: se lo volví, diciendo con la mayor apariencia de tranquilidad que me fue posible:

«Me parece haber visto el original de este retrato. ¿Pero por qué se le busca?»

(17)

— Ha matado á su tío, y dos mil libras esterlinas se han prometido de recompensa al que le prenda. Yo estoy seguro de que habrá andado rodando por este cantón, porque muchos de mis compañeros han encontrado una especie de paisano que se le parecía mucho: él ha respondido como un simple á sus preguntas, y han tenido la debilidad de considerarle un bestia y dejarle marchar. Hace algunos días han conducido ante el juez de paz un hombre bastante alto, por sospechas de haber robado un billete de banca de veinte libras esterlinas, y ha declarado haberle recibido de este supuesto paisano, añadiendo que á juzgarle por lo que le había

dicho, era bien diferente de lo que parecía ser. No hubo ninguno mas que yo que creyese en la verdad de esta declaracion: el juez de paz guardó el billete de banco para dárselo á su dueño cuando se presentase; y el bribon, que fue luego conocido por haberse inmutado, fue encerrado en una prision: su suerte está clara; pues será colgado, si ya no lo está.»

Esta relacion me hizo temblar y perder la color mas de una vez. Este hombre, que no concebía cómo sus compañeros me habian desconocido con mis propios vestidos de paisano.... este hombre me tenia ante sus ojos, mi retrato estaba en sus manos, ¡y no me conocia!!!....

Si le dejaba bruscamente, era venderme yo mismo: continué pues mis preguntas á fin de saber lo que habia hecho para ganar la recompensa prometida por mi padre, y sus respuestas me instruyeron de que habia seguido mis pasos desde la época en que habia sido preso bajo la sospecha de haber querido cambiar un billete falso de banco. Habia venido á Londres buscándome por todas partes: habia tambien encontrado á los bribones de cuyas manos habia yo tenido la fortuna de librarme, y en vista de la descripcion que le habian hecho de mi persona, se habia convencido de que yo estaba en la capital: habia tomado noticias en las Minorias, pre-

(20)

sumiendo que habiéndooos hecho un servicio singular, podria haberme introducido en vuestra casa; pero como vuestros vecinos no me habian visto entrar ni salir, no habian tenido suceso alguno todas sus indagaciones.

Entonces se habia marchado al pais de Galles, habia visitado el norte de la Inglaterra, y volvia por el condado de Essex para regresar á Lóndres, cuando habia encontrado á los agentes de justicia, sus compañeros, de los que tenia los últimos detalles que me habia referido, relativos al hombre que buscaba.

Juzgad si mi espíritu sufriria al oír este discurso. Me convencí en aquel momento tan peligroso, de

(21)

la necesidad que tenia de huir de todos los parages habitados si no queria ser conocido: era imposible, sobre todo, que no se descubriese bien pronto que el pretendido paisano se habia metamorfoseado en mendigo; pues que yo habia tenido la imprudencia de vender mis vestidos á una pobre aldeana.

Como era tan esencial no manifestar cosa alguna de lo que pasaba en mi interior, hice tambien mis confianzas de aquel que acababa de hacerme tan francamente las suyas: yo le referí una multitud de aventuras mas curiosas las unas que las otras, sin omitir las que realmente me habian á mí sucedido. Nos separamos, quedando mui amigos, él deseándome á mí

grandes limosnas, y yo á él las dos mil libras esterlinas que le hacian correr tanto.

Al retirarme, pensé en aquel jóven, á quien habia hecho un presente tan funesto; pues que se trataba nada menos que de su perdicion, y me contristó mucho su suerte: yo me habia alejado del pueblo y del camino, marchando por senderos intransitables para los humanos. Luego que llegué á un monte, me senté al pie de un árbol, y el sueño vino al momento á suspender mis tristes reflexiones.

Cuando desperté ya era de dia: al salir del monte hallé un valle estrecho que me condujo al mar, cuyas olas parecian plateadas por

el brillo que recibian del sol de la mañana. Vi al horizonte muchos navíos que navegaban sobre la líquida llanura, y pasé algunos momentos en contemplar este magestuoso espectáculo en el silencio de la admiracion.

Avanzando sobre mi derecha, hallé una bahía que daba muchas vueltas, prolongándose por aquellas tierras al abrigo de una cadena de rocas, que la barloventaban de un lado. Curioso de ver á donde iba á parar, seguí adelante, y apenas habria andado doscientos ó trescientos pasos, cuando advertí por entre los árboles plantados muy juntos los unos á los otros una casa de bella apariencia.

Todo lo que me acercaba á los

(24)

hombres debia serme sospechoso, y por lo tanto reflexioné que este asilo solitario podia no ser habitado, ó acaso estarlo por algun sabio retirado del mundo. Me acerqué con precaucion, y vi que todos los contravientos de las ventanas estaban cerrados y que no salia humo de ninguna de las chimeneas; que la entrada de la casa estaba cubierta de yerba hasta el mismo umbral de la puerta; y en fin, que todo anunciaba no estar habitada por nadie.

---

## CAPITULO XIX.

---

Dando la vuelta á una muralla exterior ó tapia que circundaba la casa, llegué á una puerta pequeña que comunicaba con un vergel delicioso: esta puerta no estaba cerrada, y nó tuve necesidad sino de empujarla un poco para verla abierta al momento: la rica fruta que cogí apagó mi sed y mitigó mi hambre; y despues desde el vergel donde yo estaba, entré en un jardin espacioso, cultivado con arte, y adornado de flores y de plantas estrangeras: sorprendido mas